

Versiones diferentes

Una historia protagonizada por los personajes de *Cuando me veas*

Un chaval de segundo interceptó a Salima a la salida de clase:

–Oye, oye, ¿te has enterado de lo de Elena Sánchez?

Ella se detuvo un momento y le dirigió una mirada curiosa.

–No, ¿qué ha pasado?

–Dicen que la ha atacado el fantasma del instituto.

–¿El fantasma? –Salima cruzó una mirada con su amiga Tina, que se encogió de hombros, y se volvió de nuevo hacia el chico de segundo–. Pero ¿ella está bien?

–Sí, solo está muy enfadada porque le ha tirado el móvil al váter.

–¿Que le ha tirado el móvil al váter? –repitió Salima perpleja.

Tina carraspeó para ahogar una sonrisa.

–Bueno, Salima, yo me voy, que tengo cosas que hacer.

–Oye, espera, ¿no tienes curiosidad por saber qué está pasando?

–Buf, me encantaría, pero tengo mucha prisa. Tú eres la gran reportera, ¿no? Averígualo y luego me lo cuentas.

Salima se quedó mirándola pensativa mientras ella se alejaba. A su lado, el chico intentó llamar de nuevo su atención.

–¿Estáis investigando para el periódico, entonces? ¿Vas a escribir un reportaje?

–Todavía no lo sé –respondió ella–. Supongo que podría plantearlo al equipo de redacción.

Pero sabía que varios de sus compañeros se mostraban escépticos con respecto a aquellas extrañas historias sobre fenómenos paranormales que estaban circulando por el centro en los últimos tiempos. De modo que decidió que primero trataría de informarse un poco mejor acerca del incidente.

Preguntó entre los alumnos de segundo y no tardó en enterarse de que Elena Sánchez no había sido la única perjudicada. Se hablaba también de otras dos chicas de su clase. Una de ellas, Lorena Villa, estaba de hecho tan alterada que se había marchado a casa presa de los nervios. La tercera de las alumnas implicadas no había sufrido ningún contratiempo, hasta donde ella sabía.

Salima no tuvo problemas en localizar a Elena para preguntarle al respecto, porque estaba encantada de relatar su experiencia a cualquiera que estuviese dispuesto a escucharla.

–¿Me estás entrevistando para el periódico del insti? –le preguntó a Salima muy ilusionada,

en cuando ella le planteó el tema.

–No, todavía no... Estoy recabando información preliminar. –Salima llevaba poco tiempo en la plantilla de *Voces*, pero ya había aprendido que, cuanto más profesional sonaba, tanto más en serio la tomaba la gente–. Luego presentaré los datos al equipo de redacción y ya decidiremos qué hacemos: un artículo, una entrevista, un reportaje...

«O nada en absoluto», pensó, pero no lo dijo en voz alta. Tenía la corazonada de que a Rodrigo, que era el director del periódico, no le iba a entusiasmar el tema.

–¡Ah, vale! Pues sería genial que hicierais un reportaje. Lo he contado ya a mucha gente pero los profes no me creen.

–¿Qué le pasó exactamente a tu amiga Lorena? –empezó preguntando Salima–. Me han dicho que está muy afectada.

–Ah, bueno... –Elena se mostró contrariada, y Salima lo anotó mentalmente para reorientar la conversación en las siguientes preguntas–. Se asustó mucho, pero no fue para tanto en realidad. A ella solo le tiró del pelo, ya ves qué cosa. Yo en cambio me he quedado sin móvil, y eso me parece mucho más grave.

–Claro que sí –concedió Salima con una media sonrisa.

–No, a ver, que no me entiendes. Era un Iphone, ¿sabes?

–Bueno, vale. Entonces, ¿quién te quitó el móvil y le tiró del pelo a Lorena? ¿Pudiste ver algo?

–Claro, fue Irene Medina.

–¿La tercera chica atacada?

–¿Atacada, dices? –Elena se rio–. A ella no le pasó nada.

–Bueno, estaba presente –se corrigió Salima–. Pues debo de haberme equivocado entonces. Me habían dicho que tu historia estaba relacionada con otras parecidas... sobre el fantasma del instituto. Has oído hablar de ello, ¿verdad?

–Sí, «el chico de la azotea»; ¿y quién no?

–Pero si fue solo un caso de agresiones entre alumnas es a los profesores a quien debes informar, no a *Voces* –concluyó ella encogiéndose de hombros.

–Ah, bueno, es que no fue una agresión normal. Irene tiró del pelo a Lorena y se llevó mi móvil para echarlo al váter, pero no vimos cómo lo hacía.

–¿Ah, no? Y entonces, ¿cómo sabes que fue ella?

–Porque no había nadie más. Estábamos las tres en la clase, y entonces ella se puso a chillar y la coleta de Lorena empezó a moverse como si alguien estirara muy fuerte...

–Pero no era Irene.

–A ver, tenía que ser ella. Te acabo de decir que no había nadie más.

–¿Insinúas que tiene poderes o algo así?

–No lo sé, o quizá fue un truco como los que usan los magos, ¿verdad?, que parece que cortan a una persona por la mitad pero todo es una ilusión óptica... Pues yo creo que hizo algo así. Después intentó quitarme el móvil y salí corriendo, pero me siguió hasta el baño y...

–¿Te siguió hasta el baño? ¿El de la planta baja, donde apareció tu móvil en el váter? ¿Estaba Irene presente, entonces?

–En el cuarto de baño, no...

–¿Y cómo sabes entonces que fue ella?

Elena balbuceó, tratando de formular una respuesta coherente. Por fin replicó:

–Oye, tía, ¿esto es una entrevista o un interrogatorio? Te recuerdo que la víctima soy yo, así que, si vas a seguir dudando de todo lo que te digo...

–Dudar es el trabajo de todo buen periodista –respondió Salima sin inmutarse–. Y consultar todas las fuentes. Me han contado que Lorena no acusa a Irene, sino que piensa que fue un fantasma el que os atacó.

–¿Y tú qué versión te crees? ¿La suya o la mía?

Salima reflexionó.

–No lo sé, primero tendría que hablar con ella.

–Huy, no te lo recomiendo, la pobre está muy afectada. Lo mejor para ella será que no la agobiamos más con el tema. Ya me encargaré yo de que se haga justicia.

Salima entornó los ojos. Elena se había dado mucha prisa en descartar el posible testimonio de su amiga. Quizá porque no corroboraría su versión de los hechos o tal vez aportaría algunos detalles que ella misma había ocultado.

–Bien –dijo entonces con cautela–, ¿y tienes idea de por qué Irene querría atacaros a las dos? ¿Habíais mantenido alguna discusión?

–Bah, fue una tontería, algo sobre una foto que a ella no le gustaba. Se molestó mucho, se puso como loca al verla y entonces empezaron a pasar cosas raras. Que yo creo que todo fue un truco para asustarnos, ojo, pero a Lorena le debió de parecer otra cosa.

Salima le dijo que no tenía más preguntas y le dio las gracias por sus respuestas.

–¿No quieres sacarme una foto para el periódico? –planteó Elena un tanto decepcionada.

–Si al final hacemos el repor y te entrevistamos te sacaremos unas cuantas –le prometió Salima.

–¿Qué? ¡Si me acabas de entrevistar!

–No, yo te he dicho que estaba recabando información preliminar. ¿Me has visto sacar la

grabadora o tomar notas acaso? Pero no te preocupes –añadió antes de que Elena pudiese protestar–, que si finalmente hacemos el repor serás la primera en saberlo.

Salima trató de localizar a Irene a lo largo del día siguiente, pero le resultó difícil acercarse a ella, a pesar de que la divisó un par de veces a lo lejos, primero en el patio y después por los pasillos. Tuvo la sensación de que ella la estaba evitando, de modo que al acabar las clases se apostó junto a la puerta de su aula y simplemente esperó a que saliera.

–¿Irene Medina? –la llamó en cuanto la vio–. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella la miró con desconfianza.

–¿Qué quieres?

–Solo hacerte unas preguntas...

–¡Eh, te van a entrevistar para el periódico! –exclamó una compañera, dándole un suave codazo–. ¿No dices que tú no has tenido nada que ver con lo del móvil de Elena? ¡Pues cuéntale tu versión!

Irene suspiró y asintió. Salima detectó a Elena entre los estudiantes; las había visto y se dirigía hacia ellas con cierta prisa, de modo que la joven reportera cogió a Irene del brazo y se la llevó de allí. Tenía mucho interés en conocer su versión y no quería que Elena interfiriese.

–¿A dónde vamos? –preguntó Irene muy alarmada.

–A algún sitio donde podamos hablar en privado.

Ella no parecía muy convencida, pero se dejó arrastrar.

Salieron al patio, buscaron un rincón poco concurrido y se sentaron en un banco vacío. Entonces Salima comenzó:

–Disculpa el asalto, es que estoy investigando para *Voces* sobre el asunto del fantasma del instituto... ¿has oído hablar del tema?

–Sí..., bueno, solo rumores. Creo que es una leyenda urbana de esas. Objetos que se mueven solos, presencias invisibles... Pero ¿por qué os interesa? ¿Vais a cambiar el nombre del periódico para llamarlo *Psicofonías* o algo así?

Salima se rio.

–No, seguirá siendo *Voces*... y por eso entrevistamos a los vivos y no a los muertos. He oído una historia sobre algo que os pasó a Lorena, a Elena y a ti.

Irene le restó importancia con un gesto.

–A Elena le han tirado el móvil al váter y quiere echarme la culpa a mí. Así que por un lado se inventa historias absurdas sobre cosas que se mueven solas y luego dice que he sido yo. No tiene

sentido.

Le temblaba un poco la voz; Salima notó también que le costaba mantenerle la mirada, por lo que tuvo la sospecha de que le estaba mintiendo.

–Lorena no ha venido al insti hoy tampoco –observó–. Dicen que estaba muy alterada.

–Bueno, no sé, igual estaba incubando algo. Tuvimos una discusión en clase por una tontería, no fue para tanto en realidad.

–¿Le tiraste del pelo?

–¿Quién, yo? ¡No! Pero...

Se detuvo antes de terminar la frase. «...Pero me habría gustado», adivinó Salima.

–Entonces, ¿quién fue?

–Nadie. En realidad fue ella quien me tiró del pelo a mí.

–¿Quieres decir que nadie le tiró del pelo o que no visteis quién lo hacía?

–Nadie le tiró del pelo, se lo está inventando. Igual que se inventa Elena toda esa historia del móvil en el váter.

–Entonces, ¿su móvil no acabó en el váter?

–Sí, pero yo no lo tiré. Tengo testigos, yo estaba en mi clase con Lorena y el profe de inglés cuando pasó. Elena se encerró en el cuarto de baño de la planta baja y luego gritó que alguien le había quitado el móvil. Entraron dos chicas de bachillerato y solo la vieron a ella. Y el móvil ya estaba en el váter. Les puedes preguntar también si no me crees.

Salima frunció el ceño, pensativa.

–Bueno, tu versión es más... cómo diría yo...

–Realista –la ayudó Irene.

–Pero ¿por qué se inventaría Elena toda esa historia? Si quería echarte la culpa por algo, podría haberse inventado otra cosa más creíble.

–Porque quiere llamar la atención. Fíjate, si hasta la has entrevistado para *Voces*...

–En realidad no...

–...Y cuando vuelva Lorena a clase no te extrañe que vaya diciendo por ahí que yo tengo poderes, invoco fantasmas o vete tú a saber. Son amigas íntimas, siempre están de acuerdo en todo.

–Pero... ¿quién tiró el móvil al váter, entonces? ¿La propia Elena?

–¿Quién si no?

–¿Elena sería capaz de echar su propio Iphone al váter solo para echarte la culpa?

Irene vaciló, pero finalmente dijo:

–Tú no la conoces, es una arpía de mucho cuidado.

–Vaaale. –Salima decidió no seguir por ahí. Era cierto que *Voces* no tenía vocación de

revista sobre fenómenos paranormales, pero tampoco quería convertirme en una publicación de cotilleos—. Pues creo que eso es todo por ahora. Muchas gracias por tu tiempo.

—¿Lo vas a sacar en el periódico?

—Aún no lo sé, tengo que consultarlo con el jefe. De todas formas si hacemos un repor sería mucho más amplio, tendría que hablar con Lorena y las otras chicas, las que vieron a Elena en el baño... Y averiguar más sobre otros episodios sobrenaturales...

—Oye, que esto no tuvo nada de sobrenatural, ya te digo que esas dos se lo están inventando todo.

—El caso es que si hacemos un reportaje, como ya te dije, será sobre los fenómenos paranormales en el instituto, si es que los hay. Si lo que os ha pasado a vosotras tres no tiene nada de sobrenatural, sino que se trata de una discusión entre vosotras o algo así... entonces no tendría cabida en nuestro reportaje.

—Ah, vale, que al final sí que trabajas para *Psicofonías* y no para *Voces*...

Salima abrió la boca para replicar, pero al final decidió no hacerlo.

—Bueno, pues repito: gracias por tu ayuda. Si tengo alguna duda ya te volveré a preguntar.

Se despidió de Irene con una sensación extraña. Por un lado intuía que ahí había algo que ninguna de las dos chicas le había querido contar. Por otro, aunque ambas habían tratado de encontrar una explicación racional a lo sucedido, sus versiones mostraban muchas lagunas y contradicciones.

Aquella tarde, en la reunión de la redacción de *Voces*, les contó a sus compañeros lo que había averiguado. Rodrigo no la interrumpió, pero Salima se dio cuenta por su expresión de que no le gustaba el tema.

—Bueno, y entonces, ¿cuál es el problema? —dijo él al final—. Las dos dicen que no hay ningún fantasma. Eso no es una noticia, El Hamidi. No le veo sentido a dedicarle espacio en el periódico.

—La historia es rara, no me lo negarás —se defendió Salima.

—Y no es la única historia rara —intervino Lucía, otra de las reporteras—. Yo también he oído cosas acerca del fantasma, atacó a un chico de la clase de mi hermano. Y a unas niñas de primero.

Los demás también intervinieron para aportar rumores que habían oído al respecto. Rodrigo trató de poner paz.

—Venga ya, ¿todos queréis que hagamos un reportaje sobre esto? ¿Sobre una discusión entre dos chicas y un móvil en el váter?

–Oye, que era un Iphone –puntualizó Salima aguantándose la risa.

–Lo que sea, no es noticiable. –Miró a su alrededor y captó a la perfección las miradas de reproche de sus compañeros–. ¿Vosotros creéis que sí?

–Nosotros creemos que podríamos investigar un poco más –opinó Salima, echando un vistazo a sus compañeros; la mayoría asintieron, y ella continuó–. No tenemos por qué contar la historia de estas dos chicas con pelos y señales, podemos limitarnos a recopilar testimonios. Hay bastantes alumnos que tienen historias que compartir al respecto...

–...La mayoría inventadas... –terció Rodrigo.

–...Como sea, nosotros no entramos a valorar eso. Mi propuesta es que recojamos los testimonios, los redactemos y poco más, sin mojarnos sobre la explicación. No somos investigadores de lo paranormal ni destapadores de bulos, solo damos voz a los alumnos del instituto. De ahí el nombre del periódico, ¿no?

Rodrigo suspiró.

–Está bien, votemos –sugirió.

La propuesta de Salima salió adelante por cinco votos a favor y dos en contra. Se decidió, pues, que ella se encargaría de hacer el reportaje.

Un rato más tarde, cuando la reunión terminó y todos recogieron sus cosas para marcharse a casa, Rodrigo llamó aparte a Salima para hablar con ella en privado.

–Oye, Salima, mira... ya sé que ha salido por votación, pero este reportaje... en fin...

–No te gusta porque no crees en fantasmas. Ya lo sé, tranquilo, intentaré ser muy racional y objetiva...

Pero él negó con la cabeza.

–No es por eso. –Se detuvo un momento antes de continuar, en voz baja–. Sé que en algún momento saldrá el asunto del «chico de la azotea»...

Salima respiró hondo.

–No tiene por qué. No lo hemos mencionado en la reunión.

–Claro, porque estaba yo delante. Pero la gente habla, ya lo sabes.

Salima inclinó la cabeza.

–No había pensado en ello. No creía que te fuera a afectar, Rodrigo. Yo personalmente no creo que haya ningún fantasma. Y si lo hay, estoy convencida de que no tiene absolutamente nada que ver con eso. Tú lo sabes también, eres demasiado sensato como para creer otra cosa.

Rodrigo sonrió levemente.

–Claro, pero no soy de piedra. –Pareció que iba a añadir algo más, pero finalmente pareció pensarlo mejor, porque concluyó–. Bueno, es igual, no me hagas caso. Me fío de tu instinto de

reportera. Escribe lo que consideres conveniente.

Ella sonrió.

–No esperaba menos de ti, Herrera.

–Hey, ya me conoces. La verdad por encima de todo.

Mientras Salima abandonaba el instituto, su mente ya estaba planificando el reportaje que iba a escribir. Había hecho una lista de las personas con las que quería hablar, y ya había decidido que no volvería a entrevistar a Elena y a Irene, pese a que aún sentía curiosidad por saber qué había pasado exactamente entre ellas. Pero había otras historias que contar, y con un poco de suerte los testimonios que se las relataran serían menos contradictorios.

Se preguntó con cierta nostalgia, de todas formas, si algún día llegaría a conocer con detalle la historia del Iphone que había acabado en la taza del váter.

El día anterior

La puerta de la clase se abrió lentamente. Los goznes chirriaron un poco, e Irene se detuvo un momento, inquieta. Después, al comprobar que no acudía nadie a pesar del ruido, se deslizó en el interior del aula en silencio y cerró la puerta tras ella con cuidado. Respiró hondo antes de volverse para echar un vistazo a la habitación.

La clase estaba vacía. Los alumnos se encontraban en el patio, en clase de educación física; Irene había pedido permiso al profesor para ir al baño y había aprovechado para regresar al aula sin que nadie se diera cuenta. Tenía poco tiempo antes de que la echaran de menos.

Sus ojos recorrieron la estancia y se detuvieron en un pupitre en concreto. Empezaría por ahí.

Cruzó el aula con ligereza y se inclinó junto a la mesa. En la cajonera había solo un libro de matemáticas y un par de libretas, pero lo sacó todo y comenzó a revisarlo.

Entonces la puerta se abrió, e Irene dio un respingo. Con el corazón golpeando salvajemente contra su pecho volvió la mirada hacia la entrada... pero no había nadie.

Esperó unos instantes antes de acercarse a inspeccionar, todavía reticente. Se asomó al pasillo; la voz del profesor de inglés se oía amortiguada desde el aula de al lado, pero no vio a nadie por los alrededores.

Supuso que no habría cerrado bien la puerta, de modo que volvió a empujarla y se quedó un momento mirándola fijamente, como desafiándola a que se abriera otra vez. Cuando se aseguró de

que volvía a tener intimidad, regresó a su registro.

Pasó las páginas del libro de matemáticas y después hojeó las libretas, pero no halló en ellas lo que buscaba. Frunció el ceño. Qué extraño... habría jurado que Elena había guardado allí la carta. Hizo memoria. Se la había quitado justo antes de la clase de lengua, e Irene no la había visto acercarse a las taquillas al salir del aula. Tampoco la llevaba en la mano mientras bajaba las escaleras.

Tal vez se la había pasado a alguna de sus amigas durante la clase. Se detuvo un momento, intentando ubicar el pupitre de Lorena. Oyó la voz del profesor de deporte dirigiendo a sus compañeros en el patio y comprendió que no le quedaba demasiado tiempo antes de que enviaran a alguien a buscarla.

Hurgó en la cajonera de Lorena. Sacó un fajo de papeles, y cuando lo hizo sintió de pronto algo que se movía tras ella.

Se dio la vuelta, alarmada.

Pero no había nada. Ni nadie.

Echó un vistazo a las ventanas para asegurarse de que estaban cerradas y no se trataba simplemente de una ráfaga de aire. Sacudió la cabeza. No podía librarse de la sensación de que no se encontraba sola en el aula, aunque probablemente su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Revisó los papeles por encima. Ejercicios de matemáticas, apuntes sueltos, notitas intercambiadas con sus amigas. Irene estaba preguntándose ya qué haría si no encontraba la carta (¿buscar en el pupitre de Marga, tal vez? ¿Regresar a clase de deporte y resignarse a lo peor?) cuando por fin sus dedos tropezaron con ella.

Dio un suspiro de alivio y la separó del resto. Mientras devolvía los demás papeles a la cajonera de Lorena tuvo otra vez aquella extraña sensación, como si alguien estuviese muy cerca de ella. Se dio a vuelta e inspeccionó todos los rincones del aula con la mirada.

Pero de nuevo constató que estaba sola. Se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia al asunto, estrechó entre las manos su preciada carta y se incorporó, dispuesta a regresar a la clase, con el corazón más ligero.

Caminaba ya hacia la puerta cuando esta se abrió por segunda vez. Con brusquedad, casi con violencia.

Y en esta ocasión sí había alguien en el umbral.

—¡Vaya con la niñata! —exclamó Elena; pretendía mostrarse disgustada, pero a sus labios asomaba una cruel sonrisa de satisfacción—. Conque al servicio, ¿eh? ¡Ya verás cuando se entere el profe de que le has mentido!

Irene escondió la carta a su espalda.

–Te-tenía que coger una cosa –balbuceó–. Ya vuelvo a clase, no hace falta que le digas nada...

Pero Elena ya se había dado cuenta de que estaba lejos de su pupitre.

–Mira, Lore, estaba cotilleando entre tus cosas.

Ella lanzó una exclamación indignada.

–¿Cómo te atreves?

Irene retrocedió, aún ocultando el papel a su espalda.

–¿Pensabas que no nos íbamos a dar cuenta? –insistió Elena–. A ver, ¿qué buscabas en una mesa que no es la tuya?

–N-nada...

–Mentirosa –replicó Lorena.

Avanzó hacia ella como una exhalación, con los ojos echando chispas; Irene trató de esquivarla, pero Lorena era más alta que ella y le arrebató la carta sin ninguna dificultad.

–¡Has cogido esto de mi mesa! –acusó.

–Anda, así que no te basta con husmear –comentó Elena–. ¡También eres una ladrona!

–¡Sabes muy bien que esa carta es mía! –estalló Irene, con voz temblorosa–. ¡Tú me la has quitado hace un rato y no querías devolvérmela!

–¿Yo? –respondió ella casi riéndose–. Yo me la encontré en el suelo, guapa. No es culpa mía si no sabes cuidar tus cosas.

–No estaba en el suelo y lo sabes. La sacaste de mi carpeta mientras yo no estaba mirando.

–¿Me estás llamando mentirosa?

Irene titubeó. La hoja de papel seguía en manos de Lorena, y ella estaba más interesada en recuperarla que en iniciar un enfrentamiento que tenía bastantes posibilidades de perder.

–La carta la he escrito yo, es mi letra –insistió–. Y no está dirigida a ti. Devuélvemela, por favor.

Lorena desdobló el papel y lo leyó en voz alta:

–«Querido Daniel»..., oh, qué interesante –se burló.

Los ojos de Irene se llenaron de lágrimas.

–Devuélvemela –insistió–. Es privada, no tienes derecho a leerla.

–Sí, sigue leyendo, Lore –la animó Elena–. Después se pone mucho mejor.

Irene trató de arrebatarle la carta, pero Lorena la mantuvo alejada sin dificultad.

–«Hace ya tiempo que te miro desde lejos, pero no me atrevo a acercarme a ti. Si tuviera valor te confesaría que me gustas muchísimo, que daría lo que fuera para que te fijases en mí...».

Puaj, qué cursi.

Irene enrojeció violentamente.

–Devuélvemela –insistió–. Esto no es asunto tuyo.

–Oooh, pero si es muy romántico –comentó Elena–. No tienes por qué avergonzarte de tus sentimientos, ¿verdad que no? No hay nada de malo en estar colgada por un tío bueno como Dani Garrido.

Irene apretó los dientes y se arrojó contra Lorena; pero ella había hecho una bola con el papel y se lo lanzó a su amiga, que lo atrapó al vuelo.

–Si no me lo vas a dar, rómpelo –suplicó Irene.

En el mismo momento en que lo dijo comprendió que había cometido un error.

Elena la contempló con fingida inocencia.

–¿Romperlo? ¿Cómo voy a hacer algo así? Esta carta es una expresión de tus sentimientos. Creo que no deberías esconderlos, el amor es algo muy bonito y hay que compartirlo. ¿Verdad que sí, Lore?

–Bueno –respondió ella encogiéndose de hombros con desgana.

Irene se quedó helada.

–Devuélvemela –susurró–. No quiero que nadie la vea.

–Pero Irene, si escribes una carta es para enviársela a alguien, ¿no?

–¿Se la damos a Dani? –preguntó su amiga, súbitamente animada.

–¡No!

Irene trató de avanzar, pero Lorena la agarró cuando pasaba por su lado y la inmovilizó con ambos brazos. Aunque trató de soltarse, su compañera era más alta y fornida que ella, y no lo consiguió.

–Voy a hacer algo mejor que eso –declaró Elena, mientras alisaba cuidadosamente la hoja de papel.

Irene vio, impotente, cómo la estiraba sobre el pupitre más cercano y sacaba su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta.

–Creo que todo el mundo merece conocer un amor tan bonito como el tuyo –concluyó, apuntando a la hoja con el objetivo de la cámara.

–¿Qué...? ¡No! ¡Ni se te ocurra! ¡No tienes derecho a hacer eso!

–Es mi teléfono y puedo hacer lo que me dé la gana con él –replicó Elena.

El flash del móvil parpadeó un breve instante; la chica sonrió satisfecha y añadió:

–Además, no sé de qué te preocupas, si ni siquiera sales tú. Espera un momento, que lo subo a Instagram y...

–¡No! –chilló Irene; se debatió con tanta fuerza que logró librarse de Lorena y se abalanzó sobre su compañera.

Elena retrocedió, con el móvil en una mano y la carta en la otra. Irene trató de alcanzarla, pero ella la esquivó zigzagueando entre las mesas.

–¡Borra eso, borra eso! –gritaba Irene; se detuvo un momento, inspiró hondo y suplicó, en voz más baja–: Por favor.

Elena entornó los ojos y echó la cabeza atrás como una cobra dispuesta a atacar.

–¿Quieres que borre de *mi* teléfono una foto que he hecho *yo*? Pues gratis no te va a salir, bonita.

Elena respiró hondo un par de veces y después dijo en voz muy baja:

–¿Qué es lo que quieres?

–Pues... deja que lo piense. En primer lugar...

Pero Elena se detuvo de pronto, desconcertada, cuando la hoja de papel que sujetaba salió volando como si se la hubiese arrebatado un vendaval.

–¡Eh! –exclamó.

Trató de recuperarla ante la mirada atónita de sus compañeras, mientras la carta revoloteaba por toda el aula. Pareció detenerse un instante en el aire ante Irene; pero ella retrocedió asustada, y la hoja de papel prosiguió su camino. Se quedó inmóvil sobre la papelera, levitando, como si dudase qué hacer a continuación. Y entonces empezó a romperse en pedazos.

Las chicas contemplaban la escena sin poder creer lo que veían sus ojos. La carta se rasgó por la mitad, aparentemente sin que nadie la tocara, y después en trozos más pequeños hasta que no fue nada más que una lluvia de confeti que se desparramó en el interior de la papelera.

Elena se volvió hacia Irene; se había puesto pálida, pero no tanto como su amiga Lorena, que seguía contemplando la papelera con la boca abierta y los ojos desorbitados.

–¿Cómo has hecho eso? –siseó.

Irene se sobresaltó.

–¿Yo? ¡Yo no he hecho nada!

–Es un truco, ¿verdad? Estás intentando asustarnos.

A juzgar por la respiración agitada de Lorena, parecía claro que, al menos en su caso, lo había conseguido. Pero Elena no estaba dispuesta a dejarse impresionar. Echó un nuevo vistazo suspicaz a la papelera como si los trocitos de papel fuesen a atacarla en cualquier momento; pero nada sucedió.

–Me da igual que hayas roto esa estúpida carta –declaró por fin–. Tengo la foto y eso no me lo puedes quitar.

Apenas había acabado de hablar cuando algo tiró del teléfono que sostenía en la mano. Pero Elena reaccionó a tiempo y lo aferró con más fuerza.

–¡Eh! ¡Deja mi móvil en paz!

Irene y Lorena la miraban sin comprender lo que estaba pasando. Elena resopló, irritada.

–¡Lore! ¡Haz que pare!

–¿Quién, yo? –se sobresaltó Irene–. ¡Ya te he dicho que yo no he sido!

Pero Lorena, leal y obediente, trató de agarrarla de nuevo. Su amiga forcejeaba otra vez con algo invisible que trataba de arrebatarle el teléfono.

–¡Lore, que pare ya! –rugió, furiosa.

Ella dio un respingo, agarró a Irene del pelo y tiró con fuerza.

–¡Aaaay! ¡Déjame, que me haces daño!

Elena recuperó su teléfono de golpe. Parecía que la fuerza que trataba de arrebatárselo había dejado de intentarlo. Pero entonces Lorena, que seguía tirando del pelo a su víctima, lanzó un chillido aterrizado mientras su propia coleta se tensaba como si hubiese adquirido vida propia y estuviese tratando de independizarse de ella. La chica soltó a Irene y se llevó las manos al pelo, gimoteando. Aulló tras sufrir un nuevo tirón, tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas al suelo.

Y entonces la puerta del aula se abrió para dar paso al profesor de inglés, que entró muy alarmado.

–¿Qué está pasando aquí? ¡Irene! ¡Lorena! ¿Por qué gritáis? Si os estáis peleando...

Elena aprovechó la confusión para murmurar una rápida disculpa y salir del aula esquivando al profesor, que seguía centrado en las otras dos chicas. Pero Irene, que no la perdía de vista ni a ella ni al móvil que se había guardado en el bolsillo del pantalón, dio la voz de alarma:

–¡Espera, Elena! Por favor, profe, ¡no la dejes salir! ¡Tiene una foto privada mía y quiero que la borre!

El profesor, sin embargo, no reaccionó a tiempo. Para cuando quiso detener a Elena, esta ya se alejaba pasillo abajo. Trató de ir tras ella, pero algo lo empujó a un lado y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no perder el equilibrio. Sorprendido, echó un vistazo al pasillo; pero solo vio a Elena y a algunos chicos y chicas del aula contigua, que se asomaban con curiosidad para ver qué estaba sucediendo.

Se volvió otra vez hacia el interior de la clase y clavó la mirada en las dos alumnas que seguían dentro. Lorena continuaba en el suelo, sujetándose el pelo a pesar de que ya había vuelto a comportarse como una melena normal y corriente, y sollozaba, aún aterrizada. Irene estaba de pie junto a ella, muy confundida.

–Vamos a ver, ¿qué ha pasado aquí exactamente?

Irene abrió la boca para responder; pero no sabía por dónde empezar a explicar todo lo que acababa de experimentar, de modo que se limitó a encogerse de hombros con expresión desconcertada.

Mientras tanto, Elena bajaba las escaleras a toda velocidad. Por el camino se topó con el resto de alumnos de su clase, que ya subían en tropel tras la clase de educación física.

–¡Eh, tía!, ¿a dónde vas? –le espetó uno–. ¡Que a gimnasia ya no llegas!

Elena lo ignoró; se abrió camino entre la nube de chavales hasta llegar a la planta baja. La fuerza invisible que la perseguía avanzó también tras ella, empujando a su paso a dos chicos que lanzaron exclamaciones de alarma.

Elena siguió corriendo por el pasillo. Se cruzó con un par de personas más, pero no les prestó atención. Por fin llegó hasta los baños de la planta baja, entró en el de chicas, se encerró en un cubículo y pasó el pestillo, con el corazón a punto de salirse del pecho.

Bajó la tapa del váter y se sentó con los pies recogidos para que nadie la viera por debajo de la puerta. Inspiró hondo para tratar de controlar su agitada respiración y se esforzó por mantenerse en silencio.

No se oía nada. A aquellas horas, con todo el mundo en sus aulas, el servicio femenino estaba desierto. Aguzó el oído de todos modos.

Nada.

Respiro de nuevo, con cautela. Después sacó el móvil del bolsillo y se dispuso a subir la foto a internet, tal y como le había dicho a Irene que haría. Se detuvo un momento, sin embargo, al recordar que ella ya lo había denunciado al profesor de inglés. Si colgaba la fotografía en su perfil de Instagram tal vez se metiera en problemas. Dudó unos instantes y al final decidió que la haría pública de otro modo, tal vez abriendo una cuenta anónima que nadie pudiese vincular con ella.

Se metió el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y prestó atención, pero no se oía nada.

Meditó sobre lo que había sucedido en el aula. No le encontraba ninguna explicación racional, pero estaba convencida de que, fuera lo que fuese, Irene debía ser la responsable. Probablemente se trataba de algún truco para amedrentarla. La posibilidad de que ella poseyese algún tipo de poder le resultaba tan inverosímil, tan de película de ciencia-ficción, que empezó a plantearse si no se lo habría imaginado todo.

Se enderezó, pensativa. Llevaba ya un rato encerrada en el baño y no había pasado nada.

«A lo mejor lo he soñado», se dijo.

Se levantó, abrió la puerta del cubículo muy despacio y se asomó fuera, con precaución. El cuarto de baño seguía estando vacío y en silencio. Elena salió y miró a su alrededor. No vio ni sintió nada fuera de lo corriente.

Respiró hondo, más tranquila, y se acercó al espejo para revisar su aspecto antes de salir del baño.

Y entonces su teléfono se escapó del bolsillo trasero de su pantalón como si tuviese vida propia. Elena chilló y se dio la vuelta; lo único que llegó a ver fue su móvil flotando en el aire, en el interior del cubículo que acababa de abandonar. Ante su atónita mirada, la tapa del váter se levantó sola y el aparato levitó peligrosamente por encima de la taza.

–¡Eh! –chilló Elena–. ¡Eh, no, que es un Iphone!

Se abalanzó hacia adelante para tratar de recuperarlo, pero la puerta del cubículo se cerró de golpe en sus narices. Elena asió el picaporte y lo sacudió, furiosa.

–¡Seas lo que seas, abre y devuélveme mi móvil, cabrón!

Dos chicas mayores entraron entonces en el cuarto de baño, atraídas por el alboroto.

–Oye, niña, ¿qué pasa? ¿Por qué gritas tanto?

–¡Me ha quitado el móvil y se ha encerrado dentro! –acusó ella.

Una de las muchachas sacudió la cabeza con un suspiro de resignación. Avanzó hasta la puerta del cubículo y llamó con suavidad.

–Oye..., oye, sal ya de ahí y devuélvele el teléfono si no quieres problemas. Vamos a llamar a un profesor.

Prestó atención, pero nadie le respondió. Se echó al suelo de rodillas para mirar por debajo de la puerta. Cuando se incorporó, miró a Elena con el ceño fruncido.

–¿Estás segura de que hay alguien dentro?

Ella se había cruzado de brazos, irritada.

–Intenta abrir si puedes –la desafió.

Ella sacudió la manilla, pero la puerta no se abrió. Resultaba evidente que estaba cerrada por dentro.

Su compañera se acercó a ellas con interés.

–A lo mejor se ha quedado atascada –sugirió–. Dejadme a mí, a ver si consigo entrar.

Se metió en el cubículo contiguo, se subió a la taza del váter y se asomó por encima de la mampara.

–Hey, tías, aquí no hay nadie. –Hizo una pausa y añadió–: Oh-oh...

–¿Qué? –se desesperó Elena–. ¿Qué has visto?

–Uf, espera, voy a intentar entrar y te abro. Pero si me quedo encerrada vais a buscar a un

profe y que echen la puerta abajo si hace falta, ¿eh?

Se izó como pudo y, tras unos instantes de precarios equilibrios, se dejó caer en el cubículo cerrado. Sus compañeras aguardaron fuera, conteniendo el aliento. Se oyó el clic del pestillo y la puerta se abrió. Elena trató de entrar, pero la otra chica la detuvo.

–Calma, calma, déjame salir primero.

–Pero... ¿está ahí mi teléfono o no?

–Sí, pero...

Elena no la dejó terminar. La echó a un lado con impaciencia y entró.

La tapa del váter seguía levantada. Elena lanzó un grito de rabia y frustración.

En el fondo de la taza, ahogándose silenciosamente el agua, yacía su teléfono móvil.